

del gobierno son innumerables, é implican, desde el arte sutil y polimorfo, difícilísimo entre todos, de conocer á los hombres, para elegir los que deben ser electos, y desdeñar á los que engañan y perjudican, que implica digo, desde ese arte soberano de saber elegir á los gobernantes y á los colaboradores, hasta las resoluciones innúmeras de cada cuestión que un ciudadano tiene que considerar, á propósito de caminos vecinales, de expropiación por causa de utilidad pública, de educación del pueblo, de arreglo de cárceles, ó de la caridad, ó bien de otros y otros asuntos, acaso inesperados, quizá nuevos, tal vez desconocidos?

¿Cómo es posible conseguir que el pueblo nuestro que va á gobernarse, que empieza ya á gobernarse por sí mismo considere cada problema con cordura y lo resuelva con igual cordura?

En un gobierno despótico, la solución es aparentemente sencilla, porque puede suponerse que todo se concentra en una sola persona, en el déspota; en un gobierno de minorías, y que por lo mismo puede considerarse más ó menos aristocrático,—aún cuando sea como fué el de México durante gran parte del siglo pasado, de aristocracias enemigas, anónimas é inestables,—en un gobierno así, la solución no parece tan terriblemente difícil, porque se extiende sólo á las minorías mismas; pero en un gobierno democrático, el problema se agiganta, porque su solución se refiere en suma á todos y cada uno de los millones de individuos que componen el pueblo.

¿Cómo obtener del pueblo buenos gobiernos, gobiernos que realmente lleven al país al progreso, que puedan resolver con acierto todas las cuestiones, de incalculable trascendencia, que un gobierno tiene que afrontar, y que con igual tino dicten medidas acertadas en cuanto á la organización de la familia, cuna y ori-

gen de la sociedad, que en cuanto á la organización de la escuela, creadora y formadora del futuro, ó en cuanto á las relaciones de las clases sociales, que las mantengan en perpetuo equilibrio armónico y las conduzcan á perpetuo mejoramiento?

La conciencia colectiva, la conciencia nacional, contesta el mismo profesor Karl Pearson, «debe ser, para asegurar el bienestar social, más fuerte que los intereses privados, y el ciudadano *ideal*, si existiera, debería formar juicios libres de personales preocupaciones.» Esos juicios, agrega el mismo profesor de la Universidad de Londres, tan necesarios en nuestro tiempo de caliente conflicto de opiniones individuales y de acrecida responsabilidad para cada ciudadano, pueden basarse solamente sobre un claro conocimiento de los hechos que en cada caso deban considerarse, y una recta apreciación de sus consecuencias, lo mismo que de su relativos significados; pero—y esto es lo que tiene capital importancia,—una vez clasificados, una vez entendidos los hechos sobre los que se basen los juicios que á gobierno se refieran, esos juicios deben ser independientes del espíritu individual que los examina, deben tener por sólo norte, el bienestar colectivo, el progreso de la sociedad, el mejoramiento de las condiciones en que el pueblo se encuentre; no deben mancharse con el fango de las ambiciones personales; no deben teñirse con el humo que envuelve los anhelos por el simple medro individual, pernicioso y raquítico.

¿De qué manera lograr todo esto? ¿De qué modo conseguir que cada uno de los 15 millones de mexicanos que pueblan nuestra República sea capaz de conocer bien los hechos que se refieran á cada uno de los problemas que se les vayan presentando, mientras directa ó indirectamente gobiernen, y capaz de entender asimismo sus necesarias conse-